

LA LITERATURA: PROBLEMA Y REALIDAD EN EL CAMPO DE LA CULTURA

por Francisco MARTINEZ GARCIA

INTRODUCCION

Es llamativo el estado actual de confusión a niveles teóricos y de degradación a niveles prácticos al que la indiferencia, la ignorancia y el desinterés han reducido el problema y la realidad que se enuncia en el título de estas líneas. La gravedad de la situación se agudiza porque, según parece, al sistema (1) le interesa que la confusión no se aclare, que la indiferencia se incremente, que la ignorancia continúe y que el desinterés sea cada día mayor.

Las consideraciones que siguen tienen unos objetivos muy concretos. Yo los resumiría así: 1) Actuar de estímulo para una toma de conciencia intelectual (pero no sólo intelectual) respecto a que la Literatura es un *problema* sin resolver en el dilatado campo de la cultura; será necesario para ello matizar, con la precisión suficiente, el problema mismo. 2) Intentar, con la brevedad y las limitaciones que el espacio imponen, una cala sobre el hecho cultural y literario a fin de conocer con exactitud nuestra colocación en el campo; evidentemente, esta cala no puede prescindir de las ideologías en cuanto que formulan e imponen una conciencia falseada de la realidad. 3) El acercamiento cabal a los textos de la Literatura (por tanto, el acercamiento a la Literatura misma) exigiría la consideración y el conocimiento de, por lo menos, estos puntos concretos: Literatura y lingüística, ser y función de la Literatura, tratamiento del fenómeno al que se ha dado en llamar "creación estética", la Literatura como comunicación, la Literatura como compromiso (con la consiguiente problemática de las influencias genéticas de la historia y de la sociedad en el nacimiento y en la conducta de los textos literarios), etc., etc.; es lástima que puntos tan serios

(1) Tomaré la palabra "sistema" en un sentido muy amplio, entendiéndola referida al supramecanismo que engloba y reduce toda la actividad social: desde las instituciones más añadadamente enraizadas, hasta la vida del último ciudadano consumista de la sociedad actual que, de manera tópica ya, ha sido bautizada justamente con el nombre de "sociedad de consumo".

no puedan ser tratados aquí con la extensión y detenimiento que merecen y necesitan. 4) Pero el acercamiento concreto y personal a los textos se da, ordinariamente, a través y por medio de la lectura; en consecuencia, es también objetivo de estas líneas el despertar activamente este acercamiento.

EL PROBLEMA

Vistas así las cosas, es una perspectiva previa, estas consideraciones deben dar cuenta de dos extremos: primero, planteamiento del 'problema Literatura' tal como bulle en el momento actual; segundo, clarificación del concepto 'cultura' en sus conexiones con la Literatura. Con la explanación de estos extremos quedará justificado cumplidamente, a mi entender, el título mismo de estas líneas.

El problema Literatura en el momento actual

La reflexión parte de un lexema perfectamente informado; éste: *problema*. Entender la Literatura como *problema* significa para mí lo siguiente. Si la Literatura, como manifestación cultural (tomemos, de momento, el término sin precisiones mayores) ha podido significar, en tiempos pasados, el reconocimiento, la captación, el goce y la posesión pacífica de la esteticidad del texto (en el que necesariamente la Literatura se concretaba), hoy ya no es así. Entiendo, pues, el *problema* como algo que no da soluciones prefabricadas y estandarizadas para el uso indiscriminado y universalizado del texto literario (y de sus consecuencias teóricas, psicológicas y prácticas). No. El texto literario y su lectura no tienen recetas; no estamos aquí ante el vulgarizado "prêt à porter". *Problema* es tomado, porque así es la realidad, como algo que pone en cuestión aquello mismo sobre lo que versa; algo que, en primera y última instancia, plantea preguntas, urge con interrogantes afilados y con dudas, tanto a niveles teóricos (es decir, a niveles de la entidad misma del hecho literario en cuanto autónomo y específico) como a niveles de la consistencia del propio mecanismo intelectual nuestro (es decir, a niveles que afectan a la gravedad crítica y vital de la necesidad o no, de la fiabilidad o no, de la validez o no de la estructura mental que manejamos, ésa que, heredada de los griegos y canonizada por la escolástica, parece ser tenida como la única "buena", estereotipada en ideas, juicios y raciocinios —cantos rodados de generación en generación en nuestra cultura occidental cristiana y considerados axiológicamente como los únicos lógicos, los únicos que, en consecuencia, serían capaces de hacernos llegar a la verdad, incluso a la verdad más alta—. Y *problema* también a ese otro nivel más estrictamente individual e intransferible que es el de la libertad personal. Ambos niveles, el teórico-técnico y el personal —intelectual y psicológi-

co—, quedan, pues, problematizados en el campo de la Literatura; más expresivamente: quedan reducidos a su única dimensión, la de ser *problemas*.

Pero todo interrogante genera —porque lo lleva inscrito en su código genético— interrogantes nuevos. En términos generales —no muy exactos etimológicamente, pero sí atinados reflejadores o testigos de la realidad— una situación teórica así formulada podría ser llamada, sin riesgos, una situación práctica de *crisis*. Lo vamos a ver.

El momento histórico actual ha sido y es calificado de contestatario. También aquí la etimología falla, ya que sabido es que “contestación” quiere decir “ser testigos conjuntamente”: *cum-testare*. O tal vez no falla, en cuyo caso la contestación debe ser entendida obligadamente como *crisis total*; dicho de otro modo: parece como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo para estar de acuerdo en testimoniar en contra de todo lo recibido. Si esto es así, podemos analizar esa *crisis total* y afirmar que (dejadas a un lado las causas provocadoras) está caracterizada por dos rasgos muy destacados: 1) el rechazo de toda axiología, es decir, la omisión de toda jerarquía recibida de valores; 2) el cambio cualitativo de las relaciones interpersonales. Con toda seguridad, ambos rasgos se complementan, más aún, se interrelacionan hasta el punto de ser el primero efecto del segundo y viceversa. Es lo mismo. En resumidas cuentas, una civilización o cultura ha entrado en crisis (por uso, abuso y erosión) y estamos a las puertas (o dentro ya) de otra civilización o cultura radicalmente distinta en cuanto que de lo anterior no se quiere conservar nada.

Parece prudente admitir que esta civilización nueva tenga sus objetivos bien definidos. No es así. Si los tuviera, la crisis no existiría. Lo objetivamente constatable es que lo que está en juego es, nada menos que, un “modelo” de hombre, afirmación ésta que, con ser tan grave, ya no nos causa sorpresa (2). Respecto a este nuevo modelo humano se sabe (o se vive, lo cual es más serio): primero, que el modelo tradicional está deteriorado, que ya no sirve, que se ha convertido en un “prêt à jeter” (y esto a pesar de que el presente está hecho, incuestionablemente, de pretérito acumulado); segundo, que el modelo del hombre del futuro es una incógnita, un *problema*, un interrogante. Sin embargo, avanza por sendas que pueden ser ya identificadas. Y es en este punto donde se da la conexión con el campo concreto de la Literatura.

Es la primera, según creo, un *pragmatismo* radical. Hay datos, fácilmente observables, que se plasman en estereotipos y slogans categóricos; tales como: “¿para qué sirve la Literatura?”, “eso es Literatura”, etc. Estos asertos, y otros por el estilo, son indicios que marcan las pistas del modelo del hombre nuevo que se busca. Se ha dicho y escrito que “no hay educación sin Literatura” (3);

(2) MICHEL FOUCAULT ha escrito que “el hombre es sólo una invención reciente”. Cfr. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 3ª ed., 1971, p. 9.

(3) C. BOBES NAVES, en *Literatura y educación*, Castalia, Madrid, 1974, p. 51.

que la Literatura es la auténtica historia de los pueblos en todos sus aspectos fundamentales; que no recordamos los detalles de la Guerra del Peloponeso, pero sí recordamos a Homero, a Temístocles o a Píndaro; y más en carne propia, que significa más Cervantes (que murió en 1616) que Felipe III (que reinó de 1598 a 1621, es decir, que en su reinado se escribió *El Quijote*); etc. Da igual: para el pragmatismo actual es tan desconocido e inútil Cervantes como Felipe III. Es que, siendo tan totalizadora la crisis, el pragmatismo no tiene interés apocalíptico en sí mismo; lo tiene en cuanto hace relación a un "valor" tradicionalmente aceptado y decapitado ahora; y da la dramática casualidad que ese valor decapitado es el humanismo. Porque el momento actual está poniendo en confrontación dos valores, tal vez sin posible armisticio: humanismo y barbarie; lo cual es renunciar no sólo al pasado, sino al futuro.

Pero el pragmatismo no es una pompa de jabón inflada por el desconocimiento infantil de las leyes físicas. La cuestión es más preocupante. Los individuos son pragmáticos porque es pragmática la sociedad en que viven y porque es ella la que, organizadamente, los hace pragmáticos.

Entramos así en una segunda pista: el *utilitarismo*. Unido visceralmente al pragmatismo, el utilitarismo tiene matices propios. Es sencillo decir, en tono de lamentación, que en el campo de la educación (a cualquier nivel: EGB, BUP, Universidad) los alumnos están sensibilizados, casi en exclusiva, a la onda del utilitarismo; dicho de otro modo: que estudian poco porque no ven una "utilidad" práctica inmediata a lo que estudian por obligación. Esto es verdad, pero no es toda la verdad, ni siquiera la parte más importante de la verdad. Los alumnos proceden de una estructura bien determinada que, a su vez, se integra, de modo inevitable —so pena de no subsistir—, en una estructura superior a la que solemos llamar Sociedad. Pues bien: es la sociedad la que está sensibilizada, en exclusiva total, al "esto, ¿para qué sirve?", al "¿para qué sirven conocimientos que no desembocan en resultados técnicos-prácticos?" (4). Esta sensibilización está sutilmente programada. No conduce de inmediato y a cara descubierta al conservadurismo (aunque ese sea el objetivo último). El proceso es más complejo —y, por lo mismo, más larvado y peligroso—. Todo empieza con una

(4) Y sin embargo, la ciencia y la técnica modernas han nacido en un clima al que han contribuido actividades no utilitarias (filosofía, literatura, arte). Por otra parte, siempre se ha afirmado que uno de los principios fundamentales de toda educación es formar al hombre en totalidad. No basta la técnica, el automatismo (pulsar un botón): sería reducir al individuo a ser una máquina o un mecanismo de una máquina. No basta con un logicismo, por muy despierto que sea, pero que se reduce a mera informática o cibernética. Se precisa también el sabor estético, el sentido ético, la imaginación y la creatividad (cosas todas que la Literatura pretende integrar y que llegan a nosotros por medio de la lectura). El sistema sabe todo esto muy bien. Y sensibiliza, en consonancia, a la sociedad. El utilitarismo es un arma ideológica y alienadora, tanto más dañina cuanto más fuerte es el poder social y más débiles las defensas personales.

despreocupación, en apariencia inocente, por las disciplinas que, de algún modo, pueden ser subversivas al sistema mismo: es el caso de la Literatura que, o es subversiva o no es Literatura. Esta despreocupación por ciertos aspectos del humanismo es sustituida —no pueden quedar casillas vacías en el sistema— por otras preocupaciones creadas artificialmente pero perfectamente adaptadas al momento de manera oportunista, y a las que se apellida prioritarias. Aquí entra la técnica (en sus múltiples y cada día más admirables logros), el desarrollo económico presentado como fin único de la vida a niveles personales y colectivos, etc. Siendo evidente que la técnica sustituye al hombre con ventaja en muchas cosas, se va adueñando de las personas que integran la sociedad la ley del mínimo esfuerzo: “no es preciso hacer nada porque todo nos viene dado”; o bien: “hay que hacer poco porque casi todo puede sernos dado por el funcionamiento de la máquina”. Todo adquiere un atractivo color de “facilidad”. Y la sociedad alienta esa facilidad falsa con el meticuloso empleo de la publicidad —y de la propaganda, que es cosa más grave— y de los *mass-media*.

Pero el proceso no termina ahí. Va surgiendo una especie de recelo social, de desconfianza vigilante hacia todo lo que huele a “humanismo”. Desde el punto de vista económico del Poder (o del Poder económico), la Literatura —el aprenderla, el enseñarla, el dedicarse a ella— será una mala inversión por cuanto es costosa, larga y no rentable. El recelo cunde entre los individuos y se produce el desprestigio social de la Literatura en concreto y, en general, de las carreras de Letras que son consideradas como refugio de fracasados de las llamadas carreras “científicas” o como mero adorno burgués de la persona, bajo el señuelo de un título. Las consecuencias prácticas están a la vista (5). Al recelo y desconfianza de la sociedad, y de los individuos de la sociedad, responde el recelo elitista de los conscientemente entregados a los menesteres de la Literatura. Y se produce la separación, el ghetto, la no interdisciplinaridad, la conciencia de clase absurdamente pretenciosa, etc. Es ejemplarmente curioso que se dé por supuesto, por ejemplo, que un estudiante que empieza Historia, Química o Medicina ya sabe “toda la literatura” que necesita saber; como sabe muy poca (o ninguna), se está diciendo que no necesita saber literatura.

Y así están las cosas. Las carreras humanísticas, que fueron las que dieron nombre a los Centros de Estudios —se llamaron Universidades porque en ellas se estudiaba la universalidad del saber humano— son hoy minusvaloradas, miradas con recelo y desinterés, anatematizadas por razones ideológicas (con lo que nos topamos de nuevo con el establecimiento programado de la barbarie), relegadas a un matiz burgués de buen tono, cenicientas de un cuento macabro. El

(5) La Literatura no es, no puede ser, un fichero (aunque esté perfectamente organizado) de datos, nombres, obras, etc. El saber detalles puede resultar beneficioso; pero el convertir la historia de la literatura en una guía telefónica es un absurdo intelectual. Dámaso Alonso habla de “vasta necrópolis” refiriéndose a lo mismo.

sistema ha funcionado sin sorpresas para nadie (y menos para el sistema mismo). La alienación está consumada. El utilitarismo se ha convertido en una utilización (o manipulación) de personas, con lo que la deshumanización se ha logrado, paradójicamente, en nombre del humanismo.

Tal vez las cosas no sean tan negras. En efecto: es admitido por todos (sin excepción) que la Literatura es fuente (y manifestación) de cultura. Yo no puedo negar esto; lo que hago es poner entre comillas la palabra "cultura" (y luego se verá por qué). Lo cierto es también que pocos están dispuestos a adquirir la "cultura" (o la Literatura que la significa y la potencia) a costa de modificar su vida rutinaria (6). Y es porque la rutina ha sido impuesta, de manera eficaz, aunque inconsciente para el individuo: de modo parecido a esa vacuna que se hace tomar a los niños en un terrón de azúcar. Por otra parte, hay que reconocer que rarísima vez existe un recelo y desconfianza totales hacia la Literatura (ni siquiera por parte del sistema), pero sí hay recelo y desconfianza hacia los "camino", es decir, hacia la metodología empleada, tanto por los escritores como por los lectores. La consecuencia es grave: esta actitud comporta la elección de unos autores y la exclusión de otros en nombre de pretendidos valores que poco o nada tienen que ver con la literatura; comporta la imposición de unos determinados métodos de análisis y de estudio; comporta, en definitiva, la imposición de una visión determinada, es decir, de una interpretación que se quiere implantar (o conservar) y que desemboca en un maniqueísmo anacrónico que divide a la Literatura —escritores, textos y lectores— en buenos y malos.

LA CULTURA

La crisis a la que he aludido (y a la que he llamado crisis 'total') es, en sustancia, una crisis *cultural*.

El hablar y escribir sobre "cultura" es una moda. Se habla, alegremente, de "movimientos culturales", de "llevar la cultura al pueblo", de "la riqueza cultural" de tal o cual región o estado. Pero muy pocas veces se dice, con claridad, qué se entiende por cultura: es decir no se da una idea clara sobre qué sea y en qué consista esa cultura que se quiere potenciar. Menos claridad hay, por consiguiente, cuando se habla de "cultura para el pueblo y desde el pueblo". Por comparación con aquel otro principio del despotismo ilustrado: "Todo para el pueblo, pero sin el pueblo", este slogan de ahora parece sonar a falso. Es que, aunque se afirme lo contrario, lo que se pretende hacer —laudable y positivo en principio— cae, de hecho, bajo un dirigismo tan dogmático como el que se quiere combatir.

Matizaré el término-realidad "cultura" para ponerlo en relación con el

(6) Cfr. *Literatura y educación*, p. 50.

término-realidad "literatura", a sabiendas de la dificultad y fragmentarismo de la síntesis.

La "cultura" entendida cuantitativamente

Así entendida, la cultura hace referencia a una cantidad de conocimientos o saberes adquiridos, y que al parecer, enriquecen a quien los adquiere y domina. Una persona con un gran acervo de conocimientos o saberes es tenida por una persona culta. Se trata de una concepción incompleta (y muy extendida) de la "cultura", aunque apunta hacia algo plena y urgentemente necesario. No me referiré a esta concepción en lo que sigue, pero la doy por incorporada; tengo presentes aquellas palabras de H. Miller: "¡El saber, una panera vacía!". (7).

La "cultura" entendida cualitativamente

Considerar cualitativamente la cultura nos coloca ante un concepto y una realidad de amplio espectro y orilla un obstáculo serio del que la consideración cuantitativa no puede desprenderse: se trata del problema de los saberes y las técnicas y de la licitud de su enseñanza e imposición (en definitiva, se trata de la libertad del individuo para aprender lo que le apetezca y, por tanto, para escoger a sus propios maestros).

Las ya clásicas ideas de Malinowski (8) inciden de lleno en el aspecto cualitativo. Según él, todo en la vida de los hombres y de los pueblos se centra en una serie de necesidades básicas a las que hay que subvenir; esta subvención sería la "cultura", especificada en lo que llama "concomitantes culturales": así, por ejemplo, a la necesidad del metabolismo subviene la concomitante cultural del abasto, a la de la reproducción el parentesco (con lo que el matrimonio sería un simple hecho cultural), etc. La cultura es una lucha, a veces curiosamente no hostil, entre el hombre y el entorno que lo envuelve y que es su enemigo (pero que no siempre lo es). De este modo, la cultura más cualitativamente afinada es la supervivencia. Todo lo cultural, pues, es una superestructura.

El enfoque socio-antropológico de Malinowski señala el camino por el que avanza hoy la reflexión cultural. Valsecchi ha formulado, dentro de este enfoque, una definición muy aceptable de cultura. Escribe:

Entendemos la cultura en el sentido en que la comprende (quizás de una forma todavía inicial) la actual reflexión socio-antropológica, esto

(7) HENRRY MILLER, *tropico de cáncer*, Madrid, Alfaguara, 1977, p. 313.

(8) BRONISLAW MALINOWSKI, *Una teoría científica de la cultura*, Edhasa, Barcelona, 1970

es, como el esfuerzo dinámico, nunca exhaustivo y nunca completo, por estructurar los elementos de la convivencia humana en torno a las exigencias humanas fundamentales que cada grupo va tomando y ejercitando según su propia manera de ser" (9).

Es evidente la importancia que concede a la tradición y a las peculiaridades de cada grupo humano. Con razón ha escrito G. Hough:

"Si fuéramos a considerar nuestra identidad cultura seriamente, estaríamos casi seguros de ser llevados de nuevo a la cuestión de nuestro pasado, a descubrir cuánto de él vive aún en nosotros, cuánto de él estamos dispuestos a mantener" (10).

La "cultura" en una perspectiva semiótica

En una perspectiva semiótica, la cultura ya no es considerada "en activo", sino como objeto de estudio. En consecuencia, será un subconjunto de signos cuya significación se busca (11). La investigación sobre la humanidad y su historia será, en última instancia, una labor de desciframiento, de decodificación. Uno de los cuerpos más coherentes de doctrina a este respecto es el de la Escuela de Tartu (Estonia, URSS) cuya figura más relevante es Jurij M. Lotman. Para Lotman, la cultura es "todo el conjunto de información no genética", "la memoria común de la humanidad o de colectivos más restringidos nacionales o sociales" (12). Siendo esto así, puede procederse al examen de "la totalidad de los textos (13) que constituyen la cultura desde dos puntos de vista: una comunicación determinada, y el código mediante el cual se descifra dicha comunicación en el texto" (14). Los diversos tipos de cultura pueden ser descritos, en consecuencia, como tipos de lenguajes particulares y aplicárseles los métodos usados en el estudio de los sistemas semióticos. Es decir: los textos vienen transmitidos en un sistema complejo de códigos (organizados jerárquicamente) cuyo conocimiento es necesario para el desciframiento de aquéllos. Ahora bien, estos sistemas no son únicamente sistemas de comunicación; son

(9) AMBROSIO VALSECCHI, *Nuevos caminos de la ética sexual*, Sígueme, Salamanca.

(10) GRAHAM HOUGH, "La crítica como una disciplina humanística", en M. BRADBURY y D. PALMER, *Crítica contemporánea*, Madrid, Cátedra, 1974, p. 64.

(11) Parece obvio que nunca la cultura será un 'conjunto' universal porque "un sistema cuya cantidad de elementos no esté limitada no puede servir de medio de información" (J. Lotman).

(12) J.M. LOTMAN, "El problema del signo y del sistema signico en la tipología de la cultura anterior al siglo XX", en *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979, p. 41.

(13) Entiende Lotman "texto" en un sentido muy amplio, es decir, cualquier comunicación que se haya registrado (dado) en un determinado sistema signico.

(14) J.M. LOTMAN, *op. cit.*, p. 41.

también sistemas de modelización, de modo que “la cultura, construyendo un modelo del mundo, construye al mismo tiempo el modelo de sí misma” (15). Todas las culturas humanas se crean sobre la base de ese sistema semiótico universal que es el lenguaje natural; “por tanto, en la base de la clasificación de los códigos de las culturas puede colocarse a priori su relación con el signo” (16), por lo que el conjunto de posibilidades para construir un modelo cultural del mundo queda limitado a los elementos invariables de un sistema semiótico, y un fenómeno cualquiera puede ser portador de significado (=ser signo) “sólo a condición de que entre a formar parte de un sistema y, por tanto, establezca relación con un no-signo o con otro signo” (17). Partiendo de estas premisas establece Lotman cuatro tipos de cultura (18): 1), semántico (“simbólico”), 2) sintagmático, 3), paradigático y asintagmático, 4), semántico-sintagmático. No puedo entrar en su descripción. Retengo estos datos que son los básicos para una concepción semiótica de la cultura: 1) Existen muchas definiciones de cultura. 2) Pero es posible determinar algo común a todas ellas. Serían comunes, por lo menos, estas dos cosas: primera, la cultura “posee rasgos distintivos”, es decir, no es un conjunto universal, sino tan sólo un subconjunto dotado de una determinada organización; segunda, entre la cultura y la no-cultura existe una nutrida variedad de demarcaciones, pero todas se reducen a esto: “sobre el fondo de la no-cultura, la cultura interviene como un sistema de signos” (19). 3) La función fundamental de la cultura es organizar estructuralmente el mundo que rodea al hombre: “la cultura es un generador de estructuralidad” (20). 4) La cultura es “la memoria no hereditaria de la colectividad, expresada en un sistema determinado de prohibiciones y prescripciones” (21). Las consecuencias de esta formulación son indicadas por Lotman con toda precisión, siendo la principal el dato de que la cultura es, por definición, un hecho social.

El enfoque semiótico, como se ve, es sumamente atractivo y, proseguido con inteligente constancia, puede dar sorpresas de signo muy dispar en la interpretación de la historia. Como alguien dijo, basta rascar en la propia piel para encontrar al primate. Tal vez no haya más: tan sólo una serie de experiencias codificadas y transmitidas como tales (como codificadas) y que pueden y deben ser descodificadas. Lo demás sería estéril metafísica.

(15) *Op. cit.*, p. 42.

(16) *Op. cit.*, p. 42.

(17) *Op. cit.*, p. 43.

(18) Lotman establece estos cuatro tipos para la cultura rusa, pero son aplicables válidamente a la cultura occidental.

(19) *Op. cit.*, p. 68.

(20) *Op. cit.*, p. 70.

(21) *Op. cit.*, p. 71.

Las "tres culturas" de P. Brook

Se trata de una explicación francamente sugestiva y perfectamente adherente al fondo de estas consideraciones. Según Peter Brook, el término vago de "cultura" designa tres grandes campos: la cultura del Estado, la cultura del Individuo, y una "tercera cultura". La fuente de las tres sería un acto de "celebración". "Celebremos —escribe— la alegría, la excitación física, el placer de todas sus formas, la desesperación, la angustia, la destrucción" (22). En consecuencia, "un Estado realiza un acto auténtico de celebración porque quiere afirmar algo en forma colectiva" (*Ib.*). Así el antiguo Egipto, por ejemplo. Esta celebración es imposible en las sociedades actuales (revolucionarias) porque las tradicionales perdieron la confianza en sí mismas y las actuales se encuentran en una situación *falsa* para realizar en unos años lo que las tradicionales (Egipto, por ej.) lograron en muchos siglos: "una sociedad que no es aún verdaderamente una entidad, no puede expresarse culturalmente como tal" (23).

La segunda cultura es la celebración del Ego. Es tan sospechosa como la oficial porque trata, simplemente, de sustituir al Estado por el Individuo, hecho que la anquilosa en límites estrechos que se reducen esencialmente a "una celebración orgullosa del ego".

Ambas culturas tienen fuerza y mérito, pero son limitadas justamente por expresar intereses muy poderosos (24). Ambas se autollaman "culturas", pero ninguna representa a la cultura viva en el sentido del "acto cultural que persigue exclusivamente su fin: la búsqueda de la verdad". Se pregunta Brook qué significa "la búsqueda de la verdad". Y contesta empezando por afirmar que la palabra "verdad" no puede ser definida; por el contrario, todo lo que no es verdad (la "mentira") termina por ser descubierto, es decir, "todo lo que no es verdad nace en una fórmula fácilmente definible". "Por ello —continúa— en todas las culturas, en cuanto una forma está fijada, se vuelve sosa y la vida se retira de ella; por ello también, en cuanto una sociedad pretende dar una versión oficial de sí misma, esa versión es mentirosa, puesto que es definible".

Ahora bien: "la necesidad que tenemos de esa extraña percepción suplementaria de la vida, que vagamente llamamos arte o cultura, va acompañada siempre de una apertura momentánea a la percepción cotidiana de la realidad encerrada en límites invisibles. ¿Qué hacer? Sencillamente: capturar el momen-

(22) Cfr. PETER BROOK, *Las tres culturas*, en "Camp de l'arpa", nº 42 (marzo 1970 pp. 14 y 15).

(23) Afirma Brook que "el siglo XX tiene como particularidad que las afirmaciones más auténticas están siempre en oposición al pensamiento oficial, y que las declaraciones positivas que tanto necesita el mundo suenan inevitablemente a hueco" (*loc. cit.*).

(24) Saliendo al paso de lo que algunos podían sospechar, Brook afirma claramente que la oposición entre la cultura del Estado y la del Individuo no se reduce a una oposición de bloques Este-Occidente, sino que es una oposición que se da dentro de toda sociedad.

to mediante un acto nuevo de la misma índole que nos abrirá a una verdad que no alcanzaremos jamás; será necesario estar recomenzando siempre. Precisamente en esto “se encuentra el misterioso fenómeno llamado “cultura”. Pero este lugar sólo podrá ser tomado por lo que Brook llama la *tercera cultura*, una cultura que no tiene nombre ni definición, pero que es salvaje, rebelde, dinámica, insumisa, que exigirá constantes ajustes y que está perpetuamente en movimiento. Este proceso (que tiende a la auténtica utopía) implica que para llegar a una verdad, en cualquier campo, hay que eliminar los estereotipos (las “adherencias culturales”) y establecer —y esto es fundamental— nuevas relaciones con seres diferentes. Dicho de otro modo: la ‘tercera cultura’ es la que cultiva los lazos. Escribe Brook:

“Es la fuerza que podrá contraponerse a la fragmentación de nuestro mundo. Debe volver a descubrir un tipo de relaciones, entre el hombre y la sociedad, entre las razas, entre el microcosmos y el macrocosmos, entre la humanidad y la máquina, entre lo visible y lo invisible”.

Los que apoyan a las dos primeras culturas (la del Estado y la del Individuo), desconocen o combaten a la “tercera cultura”. La realidad, sin embargo, nos va enseñando nítidamente que sólo apoyando a esta “tercera cultura” “podrá cumplirse y renovarse continuamente el acto más necesario de nuestro tiempo: me refiero —dice— a la celebración de la existencia de vínculos allí donde aparentemente sólo había divisiones”.

CULTURA Y LITERATURA

Lugar de la Literatura.

Consideradas estas ideas, el interrogante (ya que de *problema* se trata) queda centrado en la Literatura (25). ¿Qué lugar ocupa la Literatura en el panorama cultural?

Pues bien: tampoco este interrogante puede ser contestado con una respuesta apodíctica; nos saldríamos fuera del área del problema. La respuesta será un texto, es decir, un tejido, una trama de nuevos y cada vez más urgentes interrogantes. Si tuviéramos la verdad sería vano ya el descubrirla. Es la no-verdad la que debe ser descubierta (y siempre puede ser descubierta) a través de una actitud a la que bien podemos llamar, siguiendo a Sócrates, mayéutica. La respuesta es siempre la involución hacia las preguntas mismas; una involución que, paradójicamente, no es regresiva. Dicho de otro modo: es la constatación de la crisis (enunciado del que hemos partido al comienzo de estas consideraciones, no tan teóricas como, a primera vista, pudieran parecer). Una cosa es cierta y tiene carácter de principio fundamental: existe una relación íntima,

(25) Fácilmente comprendemos que podría centrarse en cualquier otro dominio sectorial ya que se trata de ideas con capacidad modelizadora.

necesaria, inextricable entre la cultura y el lenguaje. Escribe Fowler:

"...toda actuación lingüística hace referencia a convenciones culturales, reconocidas como de un género muy regular y restrictivo. La estructura externa de la actuación en un lenguaje parece ser isomórfica con la red de relaciones comunicativas que planifican una cultura; se podría dibujar un diagrama de la estructura de una comunidad, haciendo una clasificación de sus modos y estilos de actuación lingüística. Aprender a ser participante en una comunidad significa, primeramente, aprender la flexibilidad de una gama enorme de 'registros' del lengua, adquiriendo la habilidad de la actuación lingüística de acuerdo con la situación en que uno se encuentre, del papel que desempeñe, de la función de nuestro discurso..." (26).

Y también:

"La tesis es: cualquier trozo de actuación lingüística tiene su asociación con un trozo de cultura. Hay también una paráfrasis sintética de la teoría; el lenguaje es cultura" (27).

Nadie pone hoy en duda que la Literatura es Literatura porque antes es lingüística. De ahí la importancia de las palabras de Fowler.

Literatura y estudio de la Literatura.

Veamos la cuestión bajo otra óptica. Una cosa es la Literatura y otra, bien distinta, el estudio de la Literatura. Simplificando (una vez más) hay que admitir que la actual crisis de los estudios literarios no puede considerarse extraña al contexto general de la crisis (a la que he calificado de total). En concreto, la "contestación" a la Literatura debe ser conectada (como he señalado ya) a la contestación o "protestación" a toda la jerarquía de valores establecidos y asimilados durante siglos, y conectada también a un sistema milimétricamente establecido de relaciones interhumanas (e incluso intrahumanas). Se dice que en Occidente hay crisis de objetivos educativos. Esto es cierto si la crisis se establece por oposición a lo tradicionalmente impuesto, aceptado, asimilado y transmitido. Pero, justamente, esta problemática afecta directamente a la Literatura y su función, porque al no estar claros los fines a conseguir, no lo están los medios a emplear; la Literatura ha sido uno de los tradicionalmente aceptados como válidos. Fríamente, debemos reconocer que de nada sirve una actitud nostálgica, por esencialmente conservadora y esterilizante. Es comúnmente admitido que sin tradición, ni la Literatura ni la cultura pueden existir (ni existen); pero el caso es que la Literatura, por su misma razón de ser, es subversiva, es dialéctica y, por tanto, crítica: pone en crisis lo dado, lo visible (a todos los niveles: sociológico, ideológico, religioso, etc., etc.) y lo pone en crisis respecto

(26) ROGER FOWLER, "La estructura de la crítica y el lenguaje de la poesía: crítica lingüística", en M. BRADBURY y D. PALMER, *Crítica contemporánea*, pp. 224-225.

(27) *Op. cit.*, p. 226.

a lo que podría darse, verse y vivirse y que no se da, ni se ve, ni se vive, de manera, que sin la consideración de estos extremos, la Literatura es puro juego de salón. Ahora bien: esta dialéctica no resulta cómoda, ni para conservadores ni para progresistas. Me parece que vienen muy a propósito estas prudentes palabras de Buero Vallejo:

“Cuando uno de ellos (los estudiantes) increpa al profesor cuando éste le intenta explicar determinados autores de los que, a juicio del alumno, ni se debiera hablar siquiera, ese alumno protestatario no está contribuyendo a rectificar una pedagogía envejecida, sino a fomentar su propia ignorancia, y, por lo tanto, su incomprensión de otros escritores que él mismo prefiere y a los que cree comprender” (28).

Insisto (para no perder de vista el punto focal) en: que se trata del ‘modelo’ de hombre que se quiere lograr (desde la primera educación); que la educación es permanente (29); que ha desaparecido el modelo tradicional (prescindimos de si fue eficaz o no); que no ha sido sustituido por otro (de ahí los bandazos, los tanteos, la crisis); y que esta crisis es total porque es una crisis “cultural”.

Y bien. Es precisamente en este punto donde nos topamos de nuevo con la Literatura. Ella debe contribuir (de manera insustituible) a crear los condicionamientos objetivos para que el modelo se logre, es decir, para que el hombre sea auténticamente humano. Recalamos otra vez en el papel de la Literatura como disciplina netamente humanística (lo cual no quiere decir que la Literatura cubra por sí misma todo el campo de la formación humanística).

Pero la reflexión no puede cerrarse aquí. La cultura, tanto cuantitativa como cualitativamente, es algo más persistente y subterráneo de lo que ingenuamente se pueda pensar; de otra forma: la cultura no puede prescindir de la dimensión diacrónica. En el caso de la Literatura, este hecho hace que un estudio serio deba matizar mucho la importancia de los períodos empleados didácticamente: el reducirlos a compartimentos estancos a nivel temporal es declararlos inoperantes. Ni el Renacimiento, ni el Barroco, ni el Neoclasicismo, etc., son entidades aisladas en la llamada Historia de la Literatura. Importan las líneas de fuerza que atraviesan a los períodos y los unen acerdadamente.

El carácter de estas consideraciones se torna así inevitablemente práctico porque: primero, un pueblo sin cultura es una ficción mental (es decir, no puede existir como pueblo); segundo, la literatura es imprescindible en la cultura (por tanto, imprescindible en que un pueblo sea); tercero, un pueblo es un conjunto de personas cuyo clasema es la “humanidad”; cuarto, la humanidad (co-

(28) ANTONIO BUERO VALLEJO, en *Literatura y educación*, p. 213.

(29) Cfr. *Educación permanente*, Consejo de Europa. Comité de Educación extraescolar y del Desarrollo cultural. Mesa redonda sobre Educación permanente. París, 18 de febrero de 1971.

lectividad e individuos) necesita, para ser tal, ser educada como tal (no en vano una cierta tradición cultural —práctico-disciplinar— es conocida con el nombre de “humanidades”). Pues bien: en esta tradición no faltaba la Literatura, la “enseñanza más formativa que puede recibir el hombre”, en expresión de Dámaso Alonso. De este modo se convierte en el fundamento de la conciencia colectiva.

El ocio y el sistema

Llegados a este punto, nos damos cuenta de que los interrogantes acucian más profundamente. Hemos señalado una crisis “total”, una crisis “cultural”, una crisis de “humanismo”, una crisis de la “literatura”. ¿No sería más exacto hablar, no de crisis de la cultura, sino de cultura de la crisis, no de crisis de la literatura, sino de Literatura de la crisis?, etc. Es evidente: la cultura, la Literatura se cuestionan a sí mismas (entran en crisis). Pero esto no es nuevo; en consecuencia hablar de crisis de la Literatura, y mejor de Literatura de la crisis es positivo, tanto en cuanto al acto mismo de hablar como en cuanto a la realidad hablada.

Pero es necesario señalar algunos aspectos sociales de la crisis. Escribe Isaac Montero:

“Me atrevería a decir que en nuestro país, los escritores hemos sido cómplices, y no de escasa entidad, en el proceso de convertir a la literatura en un producto de minorías, de negarla el oxígeno y los estímulos de ámbitos más abiertos” (30).

Es una cuestión grave. La Literatura, ¿producto de minorías?, ¿producto para minorías?

Hay unos hechos históricos. La Literatura nació y se constituyó “como oficio” cuando fue posible el ocio. En la Grecia de oro, tanto filósofos como literatos se agrupaban en sectas y se dedicaban al menester de filosofar y literaturizar. Había, pues, una sociedad suficientemente desarrollada para que eso fuera posible. La Literatura aparece en un momento de la evolución humana, en un momento en el que hay un excedente de hombres que pueden dedicarse al “ocioso oficio” de hacer Literatura. ¿Que el oficio surge por la necesidad (ya culturizada de algún modo) de expresar los sentimientos personales y colectivos de modo que puedan quedar grabados en la memoria y no se olviden (de ahí la poesía rimada)? Sea. Pero que nace, sobre todo, porque hay una clase social en ocio. Lo cual supone: división del trabajo, división de la sociedad en clases, que hay clases ociosas y que sólo a éstas llegaría la Literatura. Estamos inmersos de lleno en el problema de las élites en Literatura. El ocio de aquellas primeras razas helénicas era un ocio ritualizado, oficiado, es decir, era un ocio inútil.

(30) ISAAC MONTERO, en “Camp de l’arpa” n. 51 (mayo 1978). p. 24.

Hoy, de por fuerza, vemos las cosas de otra manera: la finalidad o función de la Literatura, reducida a simple evasión no tiene carácter de función, no tiene razón de ser: sustituyen a la Literatura, con ventaja, las emisiones deportivas, las revistas eróticas, etc. Todo lo cual agrava la situación. Porque, en la práctica, la Literatura sigue siendo producto de minorías y alimento de minorías; sigue siendo un artículo de lujo, y cuanto más científicamente esté elaborado, más de lujo. Pero, curiosamente, no se trata de un lujo apetecido (como puede ser apetecido un coche); se trata de un lujo indeseado e indeseable. Se impone una conclusión provisional: mientras la Literatura mantenga esta dimensión, su papel social no sólo será nulo, sino contraproducente y “anticultural”.

Si a lo dicho se añade que el sistema desea que el ocio se mantenga y se incrementa, la cuestión se agudiza, ya que ello quiere decir, por lo menos, tres cosas: 1.^a), que el hecho de que la Literatura siga siendo cosa de minorías es apetecido por el sistema, porque, mientras estas minorías saboreen, en ocio, el manjar casi exclusivizado de las bellas letras, no inquietarán el pacífico equilibrio del sistema mismo; 2.^a), que puede nacer (y nace) una subliteratura (una subcultura) —recordemos fugazmente a P. Brook— para uso masivo en tiempos de ocio también masivo; 3.^a), que esta subliteratura conseguirá dos objetivos precisos: uno, mantener a sus consumidores en el rechazo de la Literatura (con lo cual la diferencia —por lo menos cultural— de clases se afianza); otro, incrementar masivamente el número de los no peligrosos porque tienen ya ocupación en ese ocio que la subliteratura les llena, a su total y alienada satisfacción (31). El sistema, que calcula bien los riesgos, tal vez no ha calculado que, en este punto, él mismo cae en la trampa por cuanto el ocio provocado y alimentado no produce únicamente los frutos previstos, sino, con toda seguridad, los contrarios: oposición (en casos de concienciada mentalización) y, sobre todo, atonía, indiferencia y despreocupación. Todo sistema puede derrumbarse cuando la masa se ilustra (como satíricamente fue apuntado ya por Du Bellay); la simple indiferencia del individuo puede paralizar al sistema, incapacitándolo para toda labor (que se supone siempre en beneficio del sistema mismo).

De todos modos, la esclavitud de la subliteratura (de la subcultura) deja, en definitiva, todas las iniciativas de programación, decisión y actuación en manos del poder económico (que es el que, en última instancia, mantiene al sistema). ¿Y cómo no destacar el efecto de ese ocio programado, en la drámatica frustración del individuo que termina una carrera, tanto más frustrante cuanto más “superior”? No puede ser de otro modo, y las razones son muchas: ante todo, la constatación de la esclavitud escolar (que, entre nosotros, mantiene al

(31) Debo precisar que no estoy dando un juicio de valor sobre las ‘Subliteraturas’ en sentido técnico. Estas merecen un estudio continuado y profundo, iniciado entre nosotros por A. Amorós y proseguido por otros. Las subliteraturas no pueden ser desligadas, se ve claro, de la ‘tercera cultura’ de P. Brook.

individuo atado desde los cuatro o cinco años hasta pasados los veinte); luego, la transmisión de saberes y técnicas bajo la presión de la ideología: se trata de un bombardeo incesante al que el organismo no resiste y ante el que se inmuniza aceptándolo, asimilándolo, ya en plena alienación; finalmente, la frustración propiamente dicha y plenamente sufrida como tal ante la evidencia increíble del desfase entre lo estudiado y la realidad (que ahora se descubre en toda su crudeza y que nunca pudo ser analizada), ante el trágico resentimiento de saberse "individuo-víctima" de una organización programada para tener "sujetos" a los individuos mismos desde la niñez hasta la madurez (es decir, los años mejores de la vida); y la conciencia de haber perdido esos años; y la imposibilidad de insertarse, de manera gratificadora, en la sociedad (a causa del resquemor personal y de la evidencia de la falsedad del sistema); y la necesidad (a pesar de todo) de tener que integrarse en el engranaje del sistema "aborrecido" (y esto por simple necesidad biológica de supervivencia —aun a sabiendas de que esa supervivencia es únicamente la cantidad de energía necesaria para que, sobreviviendo el individuo, el sistema pueda seguir valiéndose de él—); y la constatación (también a pesar de todo) de que cada día es más difícil el acceso a ese engranaje por fuerza de las crisis económicas, de las circunstancias laborales, del paro, etc. ¿Qué sentido tiene, entonces, la llamada formación permanente?, ¿no será acaso la prolongación de la esclavitud? Parece que las respuestas no resultarían optimistas en un grado mínimamente aceptable y tranquilizador. O tal vez sea el principio de realidad el único con capacidad para hacer funcionar a esto que llamamos "cultura", de acuerdo con estas palabras de G. Hough:

"la cultura ha dependido siempre de la maquinaria productiva y social de su época. Hasta hace bastante poco, la maquinaria estaba en gran medida controlada por procesos verbales y lingüísticos; procesos que, puede decirse, tenían cierta afinidad evidente con la literatura y una clara conexión con la cultura literaria. Este ya no es el caso (...) El cambio ha sido extraordinariamente rápido, y los efectos sobre la perspectiva literaria fueron profundos, aunque todavía no se han apreciado plenamente. Hombres, aún vivientes (sería fácil dar nombres) y que en el esplendor de su vida fueron precursores de una nueva visión literaria, son ahora, los sacerdotes de un culto casi abandonado. Las formas y rituales sobreviven, pero sus contenidos han sido corroidos. Viejas controversias se arrastran todavía y algunas nuevas se han suscitado; aún se ganan y se pierden escaramuzas; pero la campaña ya no tiene importancia" (32).

El problema tiene, pues, una dimensión nueva. Se concreta en lo que podemos llamar la postura de los intelectuales.

(32) GRAHAM HOUGH, "La crítica como una disciplina humanística", en M. BRADBURY y D. PALMER, *Crítica contemporánea*, p. 55.

La postura de los intelectuales

Partamos de concederles la importancia que se merecen y que me parece rígidamente expresada en estas palabras:

“Para la mayor parte (de ellos, en España), el tratamiento es el olvido. Pero el *pensamiento* y las *bellas artes*, como explicación de las conciencias de cada tiempo, los estilos de los espíritus, y las claves de lo que ha pasado, dejan una huella profunda que salta por encima de todas las subestimaciones del presente, y se hacen oír; los que escriben textos o música, con aliento trascendente; los investigadores, que arrancan al hombre, y a la tierra, y al Universo su secreto; los que pintan, y alcanzan el museo; los que esculpon; los que relatan; todos ellos hacen las *épocas*; crean su imagen. Los períodos de la historia los hacen los reyes, o los caudillos, o los estadistas, o los revolucionarios, o el pueblo; pero la identificación doctrinal, moral y estética de esos períodos pertenece a la “imaginación”; a los intelectuales” (33).

Pero los intelectuales viven en una comunidad determinada. Y es ella la que determina y configura su singular actitud vital. Una actitud tensional, ambivalente, ambigua, por cuanto está en relación con tres posturas dialécticas: 1.^a) la postura que adopta una comunidad ante sus propios intelectuales. Es una postura ambivalente. En efecto: la comunidad quiere que sus intelectuales le planteen cuestiones críticas y que se dediquen a la reflexión teórica, pero teme que esas cuestiones y esa reflexión supongan un reto a los principios cuya vigencia acepta. 2.^a) La postura de los intelectuales ante su propia comunidad. También es ambivalente. Ellos han de criticar a la comunidad a la que pertenecen, pero a riesgo de sentirse extrañados hasta del sistema de valores en que se apoyan sus críticas. 3.^a) La postura de los intelectuales ante su propia obra. El intelectual valora, por una parte, su propia capacidad discursiva y verbal. Su perspectiva intelectual no será ciertamente la única, pero ciertamente es la mejor de todas; si así no lo creyera, el intelectual no se colocaría en esa perspectiva. Por otra parte, a veces temerá convertirse en un espíritu puro a fuerza de tanto pensar (34). Sabido es que, en esta tensión entre el puro pensamiento y la pura acción los intelectuales parecen haberse desplazado últimamente hacia el polo de la acción. Pero, dado que poco o nada tienen que ver con la gente normal y práctica, su praxis no tiene poder para establecer lazos de unión (otra vez P. Brook al fondo) con los no intelectuales. Y en algunos casos, cuando se hacen con el poder, son dogmáticamente intolerantes con los de pensamiento no coincidente con el suyo: piénsese en el caso Stalin - Marr, o en el caso Castro - Padilla. Escrito está:

(33) EMILIO ROMERO, *Cartas al rey*, Planeta, Barcelona, 1973, p. 335.

(34) Cfr. revista “Concilium”, n. 101 (enero 1975), *passim*.

“Los intelectuales pueden ser políticos, del mismo modo que pueden ser padres, amantes o santos; pero no les será fácil superar el orgullo que se adquiere con una refinada capacidad de lenguaje. Pero si los intelectuales renuncian a sus hábitos intelectuales, entonces dejan de ser intelectuales y no son capaces de ser ninguna otra cosa. Con lo que se sentirán doblemente alienados” (35).

A nadie se le escapa la gravedad de este problema ni la relación e incidencia directas que la Literatura tiene con y sobre él, y viceversa; en su aspecto más radicalizado da lugar a la llamada literatura comprometida.

Así quedamos por fuerza de la ramificación de los interrogantes, retraídos a nuestra línea concreta: ¿qué funciones tiene la Literatura? Lo veremos brevísimamente.

Funciones de la Literatura

Lo que una cosa es, queda especificado por su función. Decir “qué es Literatura” es lo mismo que decir “para qué sirve”, “qué poder tiene”. García Márquez ha declarado: “Nunca hablo de Literatura, porque no sé lo que es, y además estoy convencido de que el mundo sería igual sin ella” (36). Y Sartre, por su parte:

“He perdido muchas ilusiones literarias: que la literatura tenga un valor absoluto, que pueda salvar a un hombre o simplemente cambiar a los hombres (salvo en circunstancias especiales)” (37).

El contestar a la pregunta “qué es la Literatura” desborda los límites fijados a estas líneas. Aportaré algunas ideas, algunos datos, algunas observaciones, etc., que puedan dar un poquito de luz en este problema que, seguramente, no tiene solución clara y convincente. De por fuerza (y de acuerdo con el título de estas consideraciones) hay que poner la Literatura en relación con la tradición “cultural”, es decir, colocar la Literatura en su lugar exacto dentro de la tradición cultural en que estamos inmersos.

Panorama histórico.

Enunciado de manera groseramente práctica, lo que se pretende es lograr una idea lo menos oscura posible de qué sea la Literatura como conjunto teórico de conocimientos lo suficientemente válido como para soportar el peso y dar razón de: 1º), todo lo escrito; 2º), todo lo escrito hasta hoy; 3º), todo lo escrito hasta hoy y que se estudia, por épocas, autores y obras, en lo que se viene llamando la Historia de la Literatura.

Este conjunto nos ha sido transmitido por (y dentro de) una cultura: la

(35) *Loc cit.*

(36) Cfr. revista “Índice”, n. 237 (1968), p. 24.

(37) J.P. SARTRE, en *El escritor y su lenguaje*, Bs. As., Losada, 1973, p. 29.

occidental y cristiana (calificativo este que hace entrar en el problema un elemento nuevo, claramente institucionalizado: la Iglesia, como una de las fuentes y centros de propulsión y de mantenimiento interesado de esa cultura a nivel estructural histórico). El elemento "Iglesia" obliga a enunciar algunas cuestiones que están en la base de las relaciones "Iglesia-cultura"; podrían ser: 1.^a) Cómo unir de manera convincente la literatura precristiana a la cristiana (o viceversa) para una consideración objetiva del conjunto literario tal y como lo poseemos hoy; 2.^a) Qué valores de la literatura precristiana fueron estimados válidos para ser anexionados; 3.^a) En base a qué sistema axiológico fueron anexionados esos valores; tradicionalmente ha sido considerada la Iglesia antigua y medieval como la guardadora y transmisora de la cultura precristiana por obra de los monjes y sus bibliotecas, reductos del saber en tiempo de las invasiones bárbaras, etc.; pero, ¿quién nos asegura que está recogido allí todo el saber precristiano, toda la literatura precristiana?, ¿quién nos puede asegurar que no existieron obras que, consciente y deliberadamente, no fueron recogidas, sino, al revés, rechazadas, en implacable escrutinio, y destruidas?, ¿es que no existieron más poetas latinos que Ovidio, Virgilio, Horacio y algunos más?; 4.^a) Qué se pretendió con esta anexión (y exclusión correlativa): ¿robustecer la fe?, ¿dar a la doctrina cristiana una consistencia intelectual convenientemente purificada?, ¿con miras a penetrar en la clase intelectual?, ¿quedó, entonces, el pueblo al margen?, ¿se fue gestando, en consecuencia, una ideología desde el principio?, ¿quedó, así, el evangelio desposeído de su auténtico sentido renovador, revolucionario?, ¿por qué fue apropiado por las clases en el poder como instrumento de alienación colectiva y de equilibrio del poder mismo —Iglesia - Estado, y la Iglesia manejada por el Estado, en especial a partir del siglo IV (año 313, edicto de Constantino) con la alianza de trono y altar perviviente, en algunos países, hasta nuestros días—?, ¿cómo se llevó a cabo la anexión de la literatura precristiana?, ¿tal vez en consideración a una mentalidad judía, aceptada o rechazada, para verter la esencia del cristianismo en moldes occidentales (helénicos-romanos)? Echando por este camino, entenderíamos con facilidad detalles característicos de la cultura y Literatura españolas: el odio al judío (constante del teatro clásico español), el exilio de un intelectual como Luis Vives, etc. En resumen: ¿fue el cristianismo, desde el principio, por razones "culturales" (no "evangélicas") una ideología, es decir, una conciencia social falsa —las ideologías no son nunca neutras—, producto para élites y, en consecuencia, la Literatura, como manifestación cultural de primer orden, sería exclusiva de esas élites, es decir, artículo de lujo para minorías? Este gravísimo interrogante nos ha reducido, de nuevo, al punto de partida.

Pero la historia no se detiene. Así las cosas, el conjunto del saber medieval —estructurado en la escolástica, muy en especial durante el s. XIII con la gigantesca obra de Tomás de Aquino (asimilando a Aristóteles y la filosofía árabe)—

¿cómo quedó unido a lo pagano?, ¿anexionándolo, sin más?, ¿censurándolo —práctica que habría llegado hasta nosotros—?, ¿viene de ahí la declaración maniquea de buenos y malos en Literatura?, ¿qué sentido tenía, si no, un índice de prohibición? ¿Ha sido, pues, la Iglesia un baluarte conservador de la cultura o un selector ideológico de las “escrituras” (en el sentido de Barthes) para lograr una cultura propia e imponerla? Es un interrogante muy grave que no podemos analizar ahora.

Pero todo lo dicho debe ser puesto en relación con el avance, necesariamente dinámico, de la humanidad. ¿Qué sentido tienen (y tuvieron) las obras medievales que ‘vieron’ una ruptura en el sistema —Dante, Petrarca, etc.—? (38). ¿Qué sentido tuvo (y tiene) el código medieval de hermenéutica, rígidamente cuadrado: literal, alegórico, moral y anagógico? Y más: ¿qué sentido tuvo el Renacimiento? Y aún más: ¿hubo Renacimiento en España?, ¿cómo fue entendido? ¿Por qué la Iglesia, jugando con ventaja, se defendió con sanciones fuertes aplicadas, siendo espirituales, a “faltas” materiales?, ¿qué defendía?, ¿a quién?, ¿en beneficio de qué?. Surge de inmediato el pensar en la distinción y separación de clases sociales, ya que el pueblo no podía tener acceso a estos niveles; tristemente, lo tenía sólo para sufrir las consecuencias de las luchas de las dos potestades superiores.

Se constata, con claridad meridiana, cómo el panorama de la Literatura no puede ser desconectado del panorama cultural; y cómo el plantear la cuestión como *problema* es el único camino que, por el momento, tenemos para hacernos cargo de la gravedad de la situación.

Pero se puede pensar que la solución a la red de interrogantes que hemos ido tejiendo debe darla la Historia. No. Porque la Historia ha sido escrita y enseñada (y aprendida) de manera lineal. El autor de *La Celestina* escribió: Vnos roen los huessos que no tienen virtud, que es la Ystoria toda junta” (39). ¿A qué responderían, en todo caso, las contestaciones de la Historia? Pero entonces la Literatura (“todo lo escrito hasta hoy y que se contiene en lo que llamamos Historia de la Literatura”) sería un mero artificio *en clave*. Ahor bien: ¿tuvieron conciencia los escritores de que su obras estaban escritas ‘en clave’?, ¿intentaron que estuvieran escritas ‘en clave’?. Interrogantes, más interrogantes. ¿Tenemos en España algún ejemplo de ruptura?, ¿hay inicios —parece que sí— de ella en *La Celestina*, en *El Lazarillo*, en *El Quijote*? Si así fue, los censores, y el mismo rey, o no se dieron cuenta del ataque, o, dándose cuenta, pensaron que el pueblo no lo entendería (es decir, no entendería la clave) y que los ‘iniciados’ seguirían siendo conservadores; dicho de otro modo: en cualquier caso, el orden establecido no se vería alterado.

(38) Cfr. PHILIPPE SOLLERS, *L'écriture et l'expérience des limites*, Points, París, Seuil, 1968, pp. 14-47.

(39) *La Celestina*, edición de M. Criado de Val y G. D. Trotter, C.S.I.C., 3ª ed., Madrid, 1960, p. 16.

Es claro que todo lo interrogado respecto a la Iglesia, puede serlo, con la misma urgencia, al poder del Estado: escrituras políticas, dictadura, dogmatismo de escritores de cualquier ideología, etc., etc.

Restan, para que el cuadro sea completo, unas pinceladas levísimas sobre los modos tradicional y moderno de entender la Literatura, ya que, como se comprende, los enfoques han cambiado a lo largo de la historia dentro (y fuera también) de nuestra cultura.

Punto de vista clásico (o tradicional) y punto de vista moderno (o actual) de la Literatura.—El término ‘literatura’, en sentido técnico, es relativamente reciente: fue acuñado en la segunda mitad del s. XVIII y puesto en circulación en 1800 por Madame de Staël en su libro *De la littérature*. Hasta entonces, y de acuerdo con el concepto clásico romano, englobaba toda la instrucción del hombre de ‘letras’, es decir todo lo relacionado con el arte de leer y escribir; este concepto quedó reducido en el siglo XVIII a ser una parte en el conjunto de la cultura general del hombre.

Desde el punto de vista clásico (y el esquematismo va a ser necesariamente raquíptico), la obra literaria como fenómeno estético (aunque la palabra “estética” sea de Baumgarten ya en el s. XVIII), nace ya como obra de arte, es decir (y será tesis que retomará Croce y toda la crítica idealista, intuicionista, impresionista), la obra artística —literaria— es simple exteriorización de un contenido ya internamente informado como estético. Una vez exteriorizado, lo es (y esta es su razón de ser) para ser mirado, admirado, contemplado. La Literatura sería un escaparate-exposición de las obras que merecen, con mérito mayor, ser miradas (y admiradas). Este principio fundamental confirma el carácter elitista de la Literatura: sólo algunos pueden exponer (escribir) y sólo algunos (los que gozan del tiempo ocioso suficiente) pueden ‘visitar’ (leer) esas exposiciones... H. Miller lo acusa así:

“Cualquier hombre que se haya dado una panzada leyendo a los clásicos es un enemigo de la raza humana” (40).

Así considerada, la Literatura no podía tener conciencia de lenguaje; era lenguaje sin más. Las ideas estaban hechas ya; la Literatura se reducía a enunciarlas de la manera más decorativa posible, es decir, adornaba (y a esto se reducía su función) algo ya preexistente y autónomo. Por ello, tenía necesariamente que ser un modo de circulación socialmente privilegiado. En última instancia, la Literatura quedaba reducida a una ideología (intocable, por definición), pero la ideología se reducía, a su vez, a una política, con lo que la Literatura era política, que es lo mismo que afirmar que era negada como arte (y estamos ante una una llamativa paradoja) para ser manipulada. No era, en consecuencia,

(40) HENRRY MILLER, *Trópico de cáncer*, ed., cit., p. 314.

literatura crítica (41). Tampoco podía serlo la 'historia' de la Literatura: en ella figuraban (o no) los escritores adherentes (o no) a una marcada ideología. Pero "se lee mal cuando se lee de rodillas" (Jean Pommier): "se acabaron los escritores vestidos de una especie de halo sagrado" (Barthes), por lo que

"La literatura en sí, en su forma tradicional ocupa un lugar cada vez más limitado en el ámbito de la cultura y del pensamiento" (42).

Desde el punto de vista actual (moderno) se constata, ante todo, que

"las sociedades contemporáneas más avanzadas han prescindido de la literatura tal y como se venía entendiendo y practicando hasta hace muy poco. El hombre de nuestros días piensa que puede sustituir a la literatura porque otras creaciones del ingenio humano le regalan aquello que la obra, literaria, oral o escrita, le ofreció hasta ahora. La lista de estos sucedáneos puede comenzar con el cine, seguir por la radio, la prensa, otro tipo de textos (...) Hay que nombrar, por tanto, inexorablemente, la conversión del producto artístico en mercancía" (43).

Se constata también que la Literatura, como simple sede de la belleza ya no tiene fuerza penetrativa, no tiene garra. Como tampoco la tiene (ni tiene sentido) el considerarla y estudiarla como una sucesión de fechas y datos. En síntesis (ridículamente esquemática), admitida la ruptura con los clásicos, las direcciones o pistas para entender la Literatura hoy serían las siguientes: 1ª / La Literatura es una *obra del lenguaje*. Esto quiere decir que los materiales de que dispone el escritor son exclusivamente lingüísticos y los medios para trabajar esos materiales lo son también. Dicho de otro modo: la Literatura (y con más radicalidad el lenguaje poético) se concreta en actos lingüísticos creativos, definidos por oposición y contraste al (con el) lenguaje imitativo, esto es, a/con los usos ordinarios y sociales del sistema lingüístico subyacente. 2ª / La obra literaria es una *estructura*. Es decir: una totalidad de elementos integrados en un conjunto, de modo tal que los elementos no pueden existir (no tienen función) fuera de ese conjunto ni ese conjunto puede existir sin esos elementos. Cosa lógica si el mismo lenguaje humano es una estructura, es decir, una "identidad autónoma de dependencias mutuas" (Hjelmslev). Greimas lo expresa así:

"Vemos que la "literatura", escrita u oral, no constituye un dominio semántico, sino un conjunto, que queda por determinar, de estructuras lingüísticas, utilizadas ya como categoría de construcción, ya como re-

(41) Con excepción de algunos, muy pocos, escritores que supieron crear en determinadas obras escrituras nuevas, fiados al futuro, o a la no comprensión por parte del control censor, o al hecho de esquivarlo haciendo circular esas obras en manuscrito y refugiadas en el anonimato.

(42) R. BARTHES, *Qué es la literatura*, Barcelona, Salvat, GT, 1975, p. 23.

(43) ISAAC MONTERO, *Renovar no es encerrarse a morir*, en "Camp de L'arpa", n. 51 (mayo 1978), p. 23.

glas de funcionamiento, organizando los contenidos que se manifiestan en el interior de las secuencias discursivas clausuradas" (44).

3ª) La literatura (la obra literaria) es *comunicación*. Con esto se quiere indicar que funciona en ella el mecanismo emisor –mensaje– receptor (afirmación sumaria que sería necesario analizar; no nos es posible aquí). 4ª) La Literatura es *compromiso*. De manera más o menos acentuada, es característica que viene siendo evidente desde la década de los años cuarenta. Se apoya en el hecho de la Literatura como comunicación: la Literatura comunica algo y lo comunica con una finalidad determinada.

CONCLUSION

Llegados a este punto, puede estar claro el panorama que vislumbrábamos desde el principio: el *problema* de la Literatura hoy (y quizá siempre) y sus relaciones con la cultura. Concluiré con algunas referencias a la lectura: a) Al complejo mundo de problemas que hemos ido despertando, llegamos, de ordinario (y casi exclusivamente) por medio de la lectura de las obras literarias; el que esto sea así exige conocer los mecanismos para que la lectura resulte eficaz. b) La situación actual es extremadamente grave por cuanto la sollicitación de las cosas a leer es plural, adormeciéndose el espíritu crítico y el interés (lo que conduce a un envejecimiento de las manifestaciones literario-culturales: "Entre las señales que se advierten de que se acabó la juventud, la suprema es darme cuenta de que la literatura no me interesa ya de veras" (45). c) No podemos desconectar ya la Literatura (y, en consecuencia, la lectura) de la existencia de los *mass-media*, con su lenguaje unidimensional, con sus slogans, estereotipos, etc.: se puede afirmar con Eugenio de Bustos que vivimos en "puro fetichismo verbal". d) según Korzybski se podría hablar de la "semantogenia" de los traumas de la sociedad actual, es decir, de la repercusión en el campo patológico individual y colectivo de la lingüística y de la literatura. Según él, todas las enfermedades, físicas o psíquicas, tienen un carácter semantógeno, de modo que sería suficiente actuar sobre la esfera lingüística (es decir, explicar a los individuos el origen semántico de sus convicciones, emociones, errores, etc.) para que el mal fuera vencido. Pero la ambigüedad semántica a la que hemos llegado imposibilita la precisión en el uso de la lengua. La consecuencia de la teoría de Korzybski es ésta: la sociedad está enferma, y no lleva camino de curarse porque los semantemas le son proporcionados ya informados (infectados) de ideología. Como resulta evidente, estas ideas, un tanto sorprendentes, conectan en

(44) A.J. GREIMAS, *Las relaciones entre la lingüística estructural y la poética*, en *Estructuralismo y lingüística*, Bs. As., Nueva Visión, 1969, p. 166.

(45) CESARE PAVESE, *El oficio de vivir. El oficio de poeta*, Barcelona, Bruguera-Alfaguara, 1979, p. 81.

directo con lo que algunos consideran el objeto de la Literatura. Escribe Isaac Montero:

“Es que, no lo olvidemos, el objeto de la literatura fue siempre la totalidad de la existencia humana. Lo cual supone señalar como *formas artísticas* de la creación literaria cosas tan poco literarias como la política, las pasiones, la condición del poder, la miseria, la fe, las relaciones entre los individuos y entre los grupos, el trabajo, la pugna con la naturaleza, el mero paisaje...” (46).

Tomar conciencia de todo esto, en especial por medio de la lectura directa, es el camino más seguro para una terapéutica preventiva y una visión nítida de los interrogantes de la Literatura en el campo de la cultura, de esa cultura que, según expresión de Juan Benet, no es otra cosa que “libertad de espíritu”.

(46) ISAAC MONTERO, *Renovar no es encerrarse a morir*, loc. cit., p. 24.